

50 AÑOS DESPUÉS: FRUTOS Y RETOS DEL CONCILIO VATICANO II

“Guste o no guste, un Concilio del s. XX debe ser el Concilio del s. XXI”
(Monseñor Hakim, arzobispo de Nazaret durante el Concilio)

“Con el Concilio se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza”
(Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, 57)

“Los documentos del Concilio contienen una riqueza enorme... para la formación de nuestra conciencia. Leedlos... y redescubrid la belleza de ser cristianos, de ser Iglesia, de vivir el gran «nosotros» que Jesús ha formado en torno a sí, para evangelizar el mundo: el «nosotros» siempre abierto y orientado al anuncio del Evangelio”
(Benedicto XVI, Homilía del 7 de Julio de 2012 en Frascati)

A estas alturas y con la que ha caído a lo largo de los últimos 50 años, al comenzar una reflexión sobre el Concilio es necesario detenerse y mirar de frente las palabras que pronunciamos sobre él, aclarar su significado y densidad propia, porque no es extraño que, de lo contrario, creyendo que hablamos de una cosa hablemos de otra. A saber, los más viejos de su propia historia gloriosa o frustrada, de sus sueños juveniles y de sus trabajos y sus días que sostuvieron la Iglesia. Aunque el Concilio tuvo en ellos una pieza fundamental, el Concilio no es solo, ni mucho menos, lo que hace la generación inmediata a él con sus miedos e ilusiones exacerbadas. Ellos deben volver a contrastar en un “ejercicio de sinceración”, como afirmaba hace poco el dominico Felicísimo Martínez, sus verdades y sus autoengaños, sus glorias y sus miserias. Por otra parte, los más jóvenes, porque raramente conocen lo que fue la Iglesia antes del Concilio habiendo crecido ya en una Iglesia nueva en sus formas y relaciones. Sus palabras sobre él suelen tratarlo como agua pasada, en el mejor de los casos por integrada apromblemáticamente en el peor por una vuelta atrás en las formas eclesiales que añoran una vida eclesial en la que proyectan sus anhelos de seguridad y relevancia social mitificando las formas preconciliares de las que solo toman lo que se ajusta a sus intereses.

Por eso necesitamos leer los textos, dejarnos acompañar por los pensadores, discernir los impulsos evangélicos, separar paciente y humildemente sus envolturas ideológicas (de uno u otro signo). Necesitamos aprender juntos a discernir y alentarnos mutuamente para trabajar en la renovación continua de la Iglesia que es lo que realmente quiso hacer el Concilio¹. Porque el Concilio más que para ser juzgado y para

¹ “En esta asamblea, bajo la guía del Espíritu Santo, queremos buscar el modo de renovarnos a nosotros mismos, para que se nos encuentre más fieles al Evangelio de Cristo. Procuraremos proclamar a los hombres de este tiempo la verdad íntegra y pura de Dios, de tal modo que la comprendan y la acepten de buen grado”, en *Mensaje de los Padres del Concilio Ecuménico Vaticano II a todos los hombres* (20-10-1962). En el *Mensaje del Concilio a la humanidad* con motivo de la Clausura del Concilio se expresaba de esta misma manera: “Dentro de unos instantes vais a abandonar la asamblea conciliar para ir al

juzgar, se levantó bajo el impulso del Espíritu Santo para que la Iglesia se reconociera en su verdad propia, con la convicción, frente a todo espíritu derrotista y condenatorio, de que el brazo desnudo del Señor seguía ejercitando su poder de vida en el mundo (signos de los tiempos) al que la invitaba a unirse².

Por tanto, al recibir hoy el Concilio (tarea para varias generaciones) hay que darse cuenta de que, más allá de sus afirmaciones de contenido, su espíritu de renovación pone en guardia frente a toda fosilización religiosa del Evangelio animando a la Iglesia a exponerse continuamente al dialogo sincero con la Palabra revelada de Dios y con un mundo de vitalidad efervescente lleno de los dones del Señor³, aunque sin destino propio desligado de Cristo. Por eso el Concilio no puede ser una excusa para sostener prácticas pastorales ni pre- ni pos-conciliares (en sentido temporal), sino que invita a discernirlas de forma permanente desde los principios básicos de la identidad cristiana que este ha querido. Por eso, si el Concilio tuvo un interés práctico, hacer cada vez *más eficaz el depósito de la doctrina cristiana* (Juan XXIII), una formación sobre el Concilio que no apuntara a este mismo objetivo no sería más que ‘hablar por hablar’ justificando vanamente nuestros encuentros.

En esta reflexión introductoria detendremos nuestra reflexión en distintas realidades que el Concilio marcó como cimientos básicos de la vida eclesial y cuya recuperación fue su fruto más logrado. En segundo lugar nos acercaremos a algunos retos fundamentales que esto supuso y que aún están *in fieri*, y a otros que han aparecido en los últimos decenios y que se deben afrontar sin perder las directrices que la Iglesia se dio a sí misma.

Si una cosa se dijo la Iglesia con el Concilio es que nunca le basta con lo sabido y realizado para ser ella misma, que no es posible vivir en fidelidad sin renovarse, y que no es posible renovarse sin un esfuerzo teológico, pastoral y espiritual que nos haga estar de continuo a la altura del Evangelio y de los tiempos. Se dijo: sometamos lo que somos al examen del mundo actual y, sobre todo, del Espíritu de Cristo⁴.

Apuntes básicos del Concilio para la vida de la Iglesia.

La pregunta que intentaremos responder será qué elementos de la Iglesia han quedado subrayados y deben ser el centro de su vida.

El más visible quizá fuera *la reforma de la liturgia*. *Se rasgó el velo del templo* y el misterio escondido tras el iconostasio del latín se dio a ver en la propia lengua. Dios tomó la palabra y dejó de ser un rito sin diálogo con la liberalización de la Biblia en la

encuentro de la humanidad y llevarle la buena nueva del Evangelio de Cristo y de la renovación de su Iglesia en la que trabajamos juntos desde hace cuatro años”

²“La contemplación de estos males [del mundo] impresiona los ánimos de algunos hasta el punto de que no ven sino tinieblas que piensan que envuelven completamente al mundo. Sin embargo, Nos preferimos poner nuestra firmísima confianza en el divino Conservador del género humano, quien no ha abandonado a los hombres redimidos por Él. Más aún, siguiendo los consejos de Cristo que nos exhorta a reconocer los signos de los tiempos (Mt 16, 3), en medio de tinieblas tan sombrías, percibimos numerosos indicios que parecen auspiciar un tiempo mejor para la humanidad y para la Iglesia”, en Juan XXIII, *Convocatoria del Concilio Vaticano II*.

³ Cf. *Eclesiam suam*, encíclica básica para la hermenéutica conciliar.

⁴ Como pequeño ejemplo concreto, es de resaltar y admirar, al menos en nuestro espacio eclesial y sobre todo por contraste, la renovación impresionante de tantas bibliotecas de curas en los años conciliares y del inmediato posconcilio. Puede decirse que, en términos generales, pocas generaciones han leído más y han sido más creativas. Ellos son los testigos verdaderos, más allá de sus posibles errores, de una nueva evangelización, “nueva en su ardor, nueva en sus métodos y nueva en sus expresiones”.

liturgia. Los laicos, comenzando por los cantos comunes, que saltaban de tocadiscos en tocadiscos por las parroquias, empezaron a sentirse miembros de esa liturgia, comenzando a ser todo el pueblo de Dios “comunidad de ofenda y sacrificio” (R. Latourelle). La mesa de Cristo donde este se ofrecía por nosotros, casi sin nosotros, de manos del sacerdote al Padre, se volvió para decirnos igualmente que Dios se ofrecía a nosotros en Cristo y se hacía un cuerpo con todos en mesa común. El misterio cristiano retomaba una sencillez que no es vulgaridad, aunque a veces se confunda, dejando atrás un ritualismo ministerial, que no es equiparable a la liturgia, aunque a veces se confunda. Mucho hemos avanzado, pero todavía... Todo ha de pensarse desde el misterio cristiano y no desde la ritualidad que lo acompaña siempre a su servicio.

Uno de los anhelos fundamentales a los que intentó dar respuesta el Concilio es a la reforma de la casa eclesial para hacer de ella hogar abierto *de* todos sus fieles y no solo *para* ellos. Traer y escoger de lo antiguo (*la vuelta a las fuentes*) y de lo nuevo (*la nueva cultura*) lo que identifica a la familia de los ‘bautizados’ hasta dar a cada uno su lugar verdadero en un pueblo de Dios que camina hacia una salvación igual para todos, donde el esfuerzo de la comunión no es sino el reverso de la elección común sellada en el bautismo. Se trataba de que todos tuvieran su sitio y supieran que estaban en su casa y no en la casa “de los curas” o “del obispo” en todas los ámbitos de la vida eclesial: en la liturgia, en la responsabilidad, en la representación.... Se trataba de que todos pudieran vivir en la Iglesia como en su propia casa, porque en verdad así es (*sacerdocio común*), de romper ese muro entre los clérigos, los perfectos, y los laicos, los de tropa, pues la santidad era patrimonio común de destino y la dignidad bautismal fundamento original y último del ser cristiano. Nadie sobraba para definir la Iglesia: ni los laicos, ni los religiosos, ni los sacerdotes... todos miembros del pueblo de Dios en marcha (LG cap. II). Ya nadie podía decir en la Iglesia *Yo soy* para definir la Iglesia, ni siquiera los obispos, pues la Iglesia es un *nosotros somos* cuyo cuerpo es pluriforme y todo él crístico. El ministerio ordenado se veía así obligado a reinterpretarse en su comprensión. Mucho hemos avanzado, aunque todavía... Todo ha de pensarse desde la teología del bautismo y no desde la del ministerio ordenado, que está a su servicio.

Otro de los anhelos significativos del pueblo de Dios al que dio respuesta el Concilio era el de *no tener que separarse del mundo para ser Iglesia de Dios*. Si es verdad que Cristo llevó a sus discípulos *a un lugar aparte* solo fue para insertarlos con una levadura nueva en una masa no distinta a la suya. El Concilio comenzará su Constitución Pastoral recordando que *los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres... en especial las de los pobres y cuantos sufren* son igualmente los de *los discípulos de Cristo* (GS 1). No hay salvación si no es del mundo, no hay salvación si esta no toca la vida cotidiana del hombre, no hay vida cristiana si esta no se vive con la misma carne de lo humano..., pues Cristo con su encarnación llevó a plenitud la misma creación al transfigurarla (sin dejarla atrás) en su resurrección. La vida cristiana dejaba de ser definida principal o exclusivamente por actos religiosos para convertirse de nuevo en lo que era: la transustanciación del pan de la propia vida en el Cuerpo del Señor. Esta es la salvación de Dios para la humanidad y, solo desde ella la Iglesia puede ser *sacramento* para los hombres (LG 1-5). La vida de la Iglesia era urgida a una desreligiosización de su esencia, a un camino común con un mundo del que todos formamos parte y que necesita una redención que no le ampute parte de lo creado, pues todo fue pensado en Dios para la vida eterna. La simplificación de las formas era un signo, aunque lo verdaderamente importante era que todo en la Iglesia se situara en el

lugar de la sacramentalidad, lo solemne y lo cotidiano, los ritos y las relaciones⁵. Es aquí donde los sacramentos volvían a apuntar a la transformación de un mundo conformado por la gracia salvadora de Dios y dejaban de ser gestos rituales de cumplimiento religioso y beneficios individuales. Mucho hemos avanzado, aunque todavía... Todo ha de pensarse desde la configuración de la vida cotidiana y no desde la ritualidad religiosa (sacramental), que está a su servicio.

En cualquier caso, el centro último de la renovación estaba en la voluntad de ser fieles aquí y ahora a Dios. Por eso era necesario ir a *la fuente principal de la vida eclesial que es la misma Palabra de Dios* que la Tradición conserva, defiende y explicita, como apunta la *Dei Verbum*. Confrontarse directamente con la revelación de Dios que le pone ante nosotros como verdad y vida, como hogar y destino, como padre y juez de la creación. Había que volver a su Palabra para no enredarnos en las nuestras, demasiado atadas a nuestras historias por justificar. Por eso el Concilio fue a beber a la fuente de agua viva: a esa palabra salvífica que es Cristo, Dios mismo en *gestos y palabras* humanas. Sin la Palabra de Dios el hombre solo escucha su propio eco mortal y el mundo se queda sin esperanza, sin la Palabra de Dios la Iglesia no tiene nada especial que ofrecer al mundo y queda presa en un ensimismamiento tentador pero diabólico⁶. Todo comienza por un Dios que se quiere revelar, que busca al hombre antes de que este le busque, que renueva su alianza comprometiendo su palabra con la humanidad por encima de todo pecado, y que se ofrece en un asombroso diálogo de igual a igual donde el hombre puede decir *esta es carne de mi carne* reconociendo en el Hijo de Dios a su verdadero compañero de eternidad. Conocer las Escrituras, dejar por un momento, sin olvidarlo, el catecismo de verdades escuetas sin relación de vida con el que se había terminado funcionando, y entrar en un diálogo de tú a tú con el Señor para hacer de la experiencia cristiana una realidad viva y no solo una cosmovisión interesante. Este era el objetivo y la fuente de la renovación. Mucho hemos avanzado, aunque todavía... Todo ha de pensarse desde el diálogo con la Palabra de Dios (*lectio*) y no desde catecismo de verdades dadas que solo son expresión y servicio a este diálogo de gracia.

Esto ponía a la Iglesia ante el reto de *pensar el cristianismo desde la fe y la libertad* única forma de responder a la revelación, y no desde la cultura o la tradición ambiental cristiana que, por otra parte, comenzaba a resquebrajarse. Ya no valía el nacer aquí o allá, nacer cristiano o en una cultura cristiana. Para ser cristiano uno debía responder personalmente a este don de la gracia que era la presencia gratuita de Cristo en el anuncio eclesial. Había que acoger personalmente el Evangelio (DV 5). Su reverso era la libertad religiosa (*Dignitatis humanae*) con cuya aceptación la Iglesia aceptaba ofrecerse ya solo a través del testimonio y la predicación, renunciando a toda imposición o coacción política, cultural... Había que empezar por el principio, aunque este apenas si se recordaba por tantas presuposiciones y acomodaciones que se habían sedimentado en una Iglesia demasiado culturalmente acomodada y políticamente comprometida, demasiado confiada en un trabajo de siglos que parecía tener que funcionar por sí mismo. La Iglesia se volcó así en un movimiento de personalización de la fe, quizá tan asombrosamente valiente como demasiado simple, en una ingenuidad

⁵ “Toda la riqueza doctrinal del Concilio se vuelca en una única dirección: servir al hombre... La Iglesia se ha declarado sirvienta de la humanidad. La religión católica y la vida humana reafirman así su alianza, su convergencia en una sola humana realidad: la religión católica es para la humanidad”, dijo Pablo VI en el discurso de clausura del Concilio.

⁶ La constitución *Dei Verbum* se ponía como objetivo exponer “la genuina doctrina de la revelación y sobre su transmisión, para que todo el mundo, oyendo, crea el anuncio de la salvación; creyendo, espere; y esperando, ame” (DV 1)

tan evangélica como impregnada de los últimos coletazos del hombre ilustrado de confianza irracional en su razón y su bondad. Mucho hemos avanzado, aunque todavía... todo ha de pensarse desde la respuesta de fe y no desde la historia familiar o las tradiciones populares que están a su servicio.

La Iglesia era puesta ante el reto de la renovación permanente, fundada en la fidelidad al Señor de los que conocen por propia experiencia la facilidad del hombre para envolver a Dios con el manto de la idolatría en cualquiera de sus formas (civiles o eclesiales) (LG 8c; GS 43f). No bastaba, pues, el posconcilio con su renovación de las formas. Las reformas eran necesarias pero no suficientes, era *la aventura continua de la fe* la que de nuevo se ponía en circulación con el Concilio. Por eso, la división entre conciliares y preconciarios va más allá de una separación temporal o de una división ideológica, consistiendo, sobre todo, en este Concilio cuyo tema central es la identidad de la Iglesia (*Iglesia ¿qué dices de ti misma?*), en creer *con* ella y *en* ella en un movimiento continuo de descentración eclesial hacia Dios y de servicio sacramental de todas sus estructuras hacia el mundo.

Hay dos elementos del Concilio y del pos-concilio que es importante subrayar por su relevancia hoy en día. La Iglesia se separó de ese estado de posesión apacible de sí misma que la estaba arrumbando en su inercia y apego a formas históricas, muchas de las cuales ya no valían e incluso estaban contagiadas estructuralmente por las tentaciones mundanas. Esto lo realizó, en primer lugar, a través de su disposición a inventar, a ejercer la creatividad que siempre fue un carisma del Espíritu. Apareció esa *humildad* necesaria para re-descubrir la novedad del Evangelio que no se da en quien ya lo sabe todo y tiene todas las respuestas para cada cuestión, y que hace tanto daño a la Iglesia separándola del camino concreto de dudas, oscuridades y tropiezos de la humanidad haciéndole creer que ella es distinta porque está en lugar santo (*Yo decía muy seguro, no vacilaré jamás...*, Sal 30). Nadie sabe todo ni siquiera de sí mismo, tampoco la Iglesia, sino que todo se va sabiendo en el diálogo con el mundo y con Dios que va abriendo su revelación al contacto con cada tiempo. Se ha de resaltar esta humildad conciliar que abrió las puertas a la renovación. Un segundo elemento a resaltar es la conciencia de que el Espíritu se manifiesta también en la *programación*. No la sola santidad, no la sola buena voluntad, no la sola oración... el Concilio enseñó a la Iglesia que para ser Iglesia se necesita pensar, organizar, definir objetivos... Las comisiones, las consultas, las discusiones, los borradores, las sesiones de trabajo (dentro y fuera), los compromisos allí asumidos y los por cumplir en las respectivas diócesis (un nuevo Código de Derecho Canónico, la renovación de los textos litúrgicos, la confección del Catecismo, la creación de una nueva catequesis, la reforma de los templos...) Si utilizáramos un símil artístico habría que decir que el Espíritu encuentra a la Iglesia siempre que esta le espera trabajando, como las musas hacen siempre con los artistas. Pocas veces los santos son santos de la inercia cotidiana, y sí inventores de nuevas formas, sencillas o complejas, del trabajo de Dios en el mundo. Mucho hemos avanzado, aunque todavía... todo ha de pensarse desde la fidelidad esforzada creativamente a Dios y al mundo y no desde la defensa de lo existente que está al servicio de la fe actual y que nació habitualmente de antiguas fidelidades creativas.

Terminamos esta primera parte apuntando un último fruto del Concilio, a saber, su *dimensión pastoral*, su mayor carga *ministerial que magisterial* (Pablo VI). Ser más propuesta que respuesta, definirse más por el aliento a todos que por la condena a algunos, mirar el mundo más con los ojos iluminados por la gracia que definirlo en su pobreza con palabras de desgracia. Si la misión de la Iglesia consiste en anunciar *la*

Buena Noticia, esto no puede hacerse bajo un discurso de calamidades que no apunte como Dios mismo está adviniendo ya como gracia y que nada puede arrancar al hombre de la esperanza fundada en Cristo. Una dimensión pastoral que consiste igualmente en acoger este momento histórico como mundo propio donde decir el Evangelio, pues este es universal no solo temporalmente sino culturalmente. La palabra *aggiornamento* fue el santo y seña de esta dimensión que no debe reducirse a simple adaptación, sino comprenderse más bien como anuncio gozoso que Cristo dice a cada tiempo y lugar: *quiero encarnarme en ti, quiero que seas mi cuerpo. Te quiero en mi eternidad.*

Retos nacidos en el Concilio o de la dinámica conciliar posterior.

Si pasamos ahora a pensar cuáles son los retos ante los que el Concilio nos dejó y que la misma realidad actual suscita en nosotros, quizá el primero sea vivir lo que quisimos ser, lo que realmente somos, la Iglesia del Señor. Esta es la afirmación de las afirmaciones del Concilio. Estamos llamados a retomar de continuo la vitalidad propia de quien quiere responder con honestidad y radicalidad al Evangelio en este mundo concreto (nuevo) que nos ha tocado vivir. El primer reto es dejar atrás esa apatía que intenta apoderarse siempre de la Iglesia y que hoy seguramente es el resultado del fracasos de opciones concretas, de la contundencia con que experimentamos el desinterés global de la sociedad hacia la propuesta evangélica, y de la elevada media de edad de los bautizados que participan, aunque solo sea mínimamente, en la vida eclesial, o de una cultura encerrada en los bienes pasajeros. Se hace necesario confiar la vitalidad eclesial, no solo en tiempos propicios para el optimismo (como el que existió en los años 60), sino más allá de ellos (sin despreciarlos), al aliento mismo del Espíritu de esperanza que suscita fuerza de fe y de amor. Hemos de reaprender a hablar con esperanza a una sociedad en crisis y con un futuro envuelto en una densa niebla interior y no sólo con optimismo a una sociedad falsamente risueña. Esta es una de las necesidades fundamentales. En medio de ella es necesario alimentarse del Misterio Pascual de Cristo para sostener la vida eclesial y acompañar la vida social más allá de sus logros o fracasos puntuales.

Pero, ¿a qué nos llama el Concilio aún? y ¿cuáles son las nuevas situaciones que hemos de pensar y afrontar desde su dinamismo?

El Concilio fue obra de la Iglesia, no de estos o aquellos, fue obra de la paciencia de los ‘adelantados’ y de la humildad confiada de los que ‘llegaban con retraso’. Fue una obra en la que el Espíritu unió a los que sabían distinguir el futuro y les dio un poco de paciencia para sufrir los obstáculos e incluso condenas de los intransigentes, y a los que no sabían muy bien cómo cambiar de paso o simplemente no querían, y les dio un poco de confianza para soportar las críticas e incluso las iras lingüísticas de los impacientes. ¿No es un reto aceptar esta tensión y vivirla con una cierta serenidad constructiva también hoy? ¿No se ha de recibir la Iglesia y trabajar en ella desde lo recibido que incluso sin ser perfecto es el lugar donde nos hemos encontrado con la salvación? Por otra parte, ¿no habría que aprender a buscar un término medio entre los excesos puristas de los iconoclastas y el barroquismo desenfrenado y casi idolátrico de los de enfrente? Parecería, a la luz de los textos conciliares y del mismo espíritu vivido por todos, que ninguno de los dos puede decir: el Concilio es mío. Por otra parte ninguno de los dos puede evitar el contraste y discernimiento desde ellos en nombre del ‘Espíritu conciliar’ o de la ‘Tradición eclesial’, que cuando se utilizan como justificaciones contra los otros pierden siempre la letra mayúscula que los debe caracterizar en la vida Iglesia.

Un segundo tema es el mantenimiento práctico de la identidad plural y compartida de la Iglesia. Es necesario trabajar en un pastoreo ministerial no paternalista, sea este directivo o desconfiado. Por eso se hace cada vez más urgente la formación (no solo en contenidos teóricos) de los laicos para que puedan ser cristianos adultos que desarrollen su identidad bautismal con alegría y puedan ser responsablemente *la* Iglesia en *sus* ambientes mundanos e Iglesia en *su* Iglesia. Habrá que buscar formas para superar la apatía cultural que pesa sobre ellos buscando formas que les hagan percibir la hondura y amplitud que da la experiencia cristiana a la vida. Se hace necesario un ministerio compañero, que comprenda, sostenga y aliente la vida laical, tan gozosa como compleja y dura de vivir. Para esto es necesario suscitar en los pastores un verdadero espíritu de discípulos (Is 50, 4) que les haga vivir humildemente de la Palabra viva de Dios (meditada en el silencio) y ofrecer una palabra profunda a la altura de la salvación que anunciamos y no solo del consejo que se nos ocurra como ‘hombres superiores de buen corazón’. Como camino de vuelta se hace necesario abrir las estructuras eclesiales a la palabra laical, a sus intuiciones, a sus visiones... No hay confundir los papeles, pero tampoco hay que excluir sus palabras. El laicado no pueden ser solo ‘Iglesia discente’, esto quedó superado en el Concilio y debe superarse en la toma de tierra de su aplicación que corre de nuestra cuenta. Lo contrario sería ir contra el Concilio. Y aquí nos falta mucha tela por cortar. Son necesarios ordenados que se sepan del mismo barro de los fieles confiados a ellos y les acompañen con sus mismos y en sus mismos dolores, dudas, anhelos y alegrías... desde el aliento evangélico. Con ellos y para ellos, sacerdocio ministerial al servicio del sacerdocio común y no al servicio de la salvación de estos sin estos. Son necesarios laicos despiertos a su identidad y libres testigos de Cristo en el mundo.

En este mismo sentido, hay que recordar que el Concilio suscitó el dinamismo de la corresponsabilidad eclesial en todos los ámbitos. Es necesario en este tiempo, donde parece justificarse su marginación por considerarse poco prácticos o incómodos, el esfuerzo por *construir una Iglesia de todos entre todos*. Si los consejos de todo tipo no funcionan bien hay que preguntarse las razones, que pueden estar no solo en su estructura, sino en errores o pecados concretos de los que los conforman.

Uno de los retos especialmente urgentes es la revitalización de la liturgia para que sea un espacio significativo de presencia del Señor, de ofrenda de la vida propia y del mundo al Señor y de suscitación de la esperanza firme de que todo está en sus manos, de memoria viva del compromiso de Dios con el mundo, de creación activa de la fraternidad al contacto del cuerpo de Cristo allí entregado que nos une en su Espíritu, de exposición acogedora a la Palabra de vida que busca configurar la vida de los hombres... Todo esto debe hacerse desde el principio básico de la renovación conciliar: *la participación plena, consciente y activa en las celebraciones litúrgicas que exige la naturaleza de la Liturgia misma y a la cual tiene derecho y obligación, en virtud del bautismo, el pueblo cristiano* (SC 14). Necesitamos, tenemos que decirlo, aprender todos (laicos y ministros ordenados) el arte de la liturgia, pues es algo más complicado que el tener gestos de simpatía o de barroquismo místico, más profundo que cantar con emoción una canción o que cumplir como Dios manda con la misa dominical. Pero hablando de nosotros, no se puede ser, como somos muchas veces, unos chapuzas, a veces incluso con un trato indigno de los objetos litúrgicos e irrespetuoso (por falta de seriedad) con las personas que buscan, con luces y sombras, encontrarse con Dios. Tampoco podemos presentarnos, en la práctica, como miembros de la corte celestial que desciende en torno al altar ante los pobres mortales que parece que solo tienen que mirar y consentir. No podemos convertir la misa en palabras de todos en las que ninguno

termina por encontrar la palabra propia para dirigirse a Dios, donde no entiende el acelerado ronroneo del cura o donde no tiene un pequeño espacio de silencio para adentrarse en el misterio. Tampoco puede quedar convertida a los gestos del ministro (multiplicados para dar solemnidad) de los que la mayoría no sabe su significado o como unirse o situarse terminando por buscar sus propios gestos o palabras interiores paralelos. Quien crea que no hay aún mucho que hacer que pregunte a los laicos que a veces se resignan a resistir con una fe admirable.

Otro de los retos es integrar el ‘lado oscuro’ de la vida en la existencia cristiana. Si no se puede dejar atrás la esperanza que la recuperación teológica de la resurrección y de las realidades temporales imprimió a la mirada conciliar, es necesario hoy por hoy, situarla en el espacio global del misterio pascual. La resurrección no es ni será nunca un estado intrahistórico por más que suscite acciones en la historia y en ella deje huellas de su verdad. Es necesario reconocer que muchas realidades morirán injustamente, que el dolor y la pérdida forman parte de la vida, y que nuestra misión no es solo transformar el mundo, sino alentarlos en la esperanza de su transfiguración gloriosa en Cristo, una acción que pertenece únicamente a Dios en el día final de la historia. Es necesario reaprender a tratar con la muerte y matar el optimismo prometeico de otros tiempos y la ingenuidad miedosa que todo lo resuelve con “ya verás cómo todo irá bien”, frente a lo que se sabe inevitable y no se quiere afrontar. Es necesaria la recuperación de la cruz y la muerte en perspectiva cristiana, después de que el Concilio nos enseñara la mirada y la fuerza de la resurrección. Y lo mismo habría que decir de la necesaria recuperación de una teología del pecado, realidad que ingenua o sospechosamente se ha marginado y que es necesario recuperar en el contexto de la mirada siempre confiada y misericordiosa de Dios, que el Concilio recuperó al hablar del hombre.

Existen un par de retos importantes que han aparecido con posterioridad a la celebración del Concilio, aunque ya apuntaban. El Concilio quiso hacer de la Iglesia una casa acogedora pues suponía que este era uno de los problemas de la fe cristiana. Se podría ser cristiano, pero no en esta iglesia tal y como estaba configurada, parecerían oír e incluso decir algunos cristianos (*Cristo sí, Iglesia no*). Solo Dios sabe los esfuerzos voluntariosos de la iglesia para reformarse y crear comunidades acogedoras, y solo Él sabe cuantas culpas de más ha cargado asumiendo indiscriminadamente y eximiendo de su parte de responsabilidad a los que se separaban de ella y de Dios a partir de esa afirmación, verdadera por otra parte, de que parte del ateísmo contemporáneo provenía de *los propios creyentes* (GS 19). Hoy el reto de fondo proviene de un *agnosticismo práctico* derivado de esa forma de vida superficial con la que la cultura contemporánea conforma al hombre y le agota en la mediocridad al despojarle de las preguntas cruciales. Se ha llegado a afirmar que el hombre posmoderno ya no rechaza la religión, sino que la solicita, en especial en sus dimensiones identitario-emotivas o serenantes, pero rechazando a un Dios personal (*religión sí, Dios personal no*). La recuperación de la oferta del evangelio en su radicalidad, de la mistagogía cristiana, del acompañamiento generoso, paciente, progresivo y con discernimiento hacia la fe, se hace urgente y requiere buscar formas de ofrecimiento y transmisión de la fe que vayan más allá de un sistema de catequesis (infantil) que se ha vuelto fundamentalmente ineficaz y que gasta muchas energías en la Iglesia quemando innecesariamente a muchos cristianos. La propuesta a adultos, los espacios para la fe en búsqueda, la iniciación a la oración, la creación de pequeñas y sencillas comunidades mínimas o grupos de vida cristiana para caminar juntos o de parroquias donde se supere la dinámica individualista de la relación con el Señor, la profundización en una liturgia que sitúe ante la presencia de Dios más allá de los excesos verbales o gestuales que la angostan... “No hay prioridad más

grande que esta; abrir de nuevo al hombre de hoy el acceso a Dios, al Dios que habla y que nos comunica su amor para que tengamos vida abundante”⁷. En cualquier caso y dicho esto, no se puede dar la espalda a problemas que la Iglesia debe afrontar de sus planteamientos de teología moral y su relación con los sacramentos que están generando un muy alto grado de malestar y de alejamiento o altas reticencias para escuchar.

Un segundo reto que se incubó en aquellos días y solo después ha sido recogido como realidad prioritaria es la *opción preferencial por los pobres*. Apuntada ya en tiempos del Concilio (AG 12, EN 31) fue formulada por el CELAM en sus diferentes asambleas y ha sido asumida por la Iglesia universal en el Sínodo de 1985. Es necesario que los cristianos individualmente y como cuerpo eclesial aparezcan en el mundo como presencia de ese Dios que ve y oye el sufrimiento y envía a su Hijo como buen samaritano. Sin esta opción la Iglesia y la vida cristiana terminan por convertirse en una especie de refugio del propio yo ensimismado y se alejan del amor, verdadera realidad de la vida divina compartida con los hombres y trabajada en la historia aun a costa de la sangre del Hijo, del amor que es la forma misma de la salvación. No basta con las organizaciones, necesarias y fuente de orgullo para la Iglesia, no basta con el voluntariado de algunas personas, sino que en este tema es necesaria la opción de cada cristiano y la no contradicción entre el servicio a los pobres y la vida concreta de los cristianos y de la organización eclesial. Este es el verdadero signo de que ha llegado el Mesías: los pobres son evangelizados, ¡ay del que encuentre en ello motivo de tropiezo! (cf. Lc 7, 18-23). Como es de suponer esto es imposible sin una profunda radicación espiritual en Cristo.

Terminamos nuestra reflexión con una afirmación de Rahner en los días finales del Concilio: “Un Concilio es con sus decisiones y enseñanzas, solo un comienzo y un servicio, solo puede dar indicaciones y expresar verdades doctrinales. Después todo depende de cómo se lleven a cabo esas indicaciones y cómo caigan esas verdades en el corazón creyente y produzcan allí espíritu y vida. Esto no depende ya del Concilio mismo, sino de la gracia de Dios y de todos los hombres de la Iglesia y de su buena voluntad. Por eso un Concilio es puramente un comienzo. La renovación de la Iglesia no ocurre en el Concilio y a través de sus gestos, sino después”.

Francisco García Martínez

*Tema para la Formación Permanente del Clero
2012-13 (Zamora)*

⁷ Benedicto XVI, *Verbum Domini*, 2.